



Los celos a nada conducen, como no sea a estimular la infidelidad.—dijo Rosa friamente, echando su busto sobre la mecedora.

—No sé responderte. No los he sentido nunca, y ojalá nunca los sintiera. Han de ser una cosa horrible.—terminó Eliana como queriendo apartar de su frente una visión que luchaba por hacerse distinta.

—¡No sentir nunca celos! ¡Qué extraño! Sin embargo, Ricardo, tu marido, te habrá dado motivos...

—¡Jamás! ¡Jamás!—afirmó rotundamente como ofendida por la suposición de la amiga. Creo en Ricardo con fe profunda. El tiene ocasiones; más de una vez en la sociedad que frecuenta, gente de toda condición, se le habrá tendido un lazo; pero su espíritu es firme y recto y su corazón fiel y noble.

Las largas pestañas de la hermosa Eliana, se agitaron con rapidez como alas de mariposas negras, proyectadas sobre las dos luminosas esmeraldas que eran sus ojos. Luego quedó pensativa, con la mano apoyada en la barbilla, como si una obsesión empezara a atenacear su espíritu. Era una de esas mujeres angelicales, de alma pura, de sentimientos rectos y tiernos, de una exquisita sensibilidad. Adoraba a Ricardo, y su vida matrimonial con éste, por espacio ya de ocho años, se había deslizado sin la amenaza siquiera de una tormenta. Las amigas, todo el círculo que la rodeaba, más de una vez le habían insinuado dudas respecto a la fidelidad de Ricardo. El era un hombre joven, elegante, de hermosa figura, y por su trato, su palabra seductora y una manera sutil de insinuarse, le era fácil una conquista. Además, esa misma fama de marido fiel a su esposa, provocaba entre sus relaciones una especie de irritabilidad y se procuraba que el hombre siempre galante pero eternamente inabordable cayese alguna vez en las dulces redes de seda y oro que se le tendían a veces con perfidia.

Pero Eliana sabía lo que era él; la esposa había llegado al profundo convencimiento que en el alma de su esposo estaba escrita con sangre la palabra renuncia, y que para ese espíritu fuerte los peligros eran ocasiones tan sólo para acrisolar su fidelidad.

—¡Nunca! ¡Nunca!—repitió Eliana a su amiga, como si esa rotunda afirmación fuese el último engarce de una sucesión de pensamientos y recuerdos del pasado que un momento hacía, habían ocupado su espíritu.

—Nunca... repitió más débilmente.

—Quizá alguna vez, y tú no recuerdas.

—¿Alguna vez...? No. No... ¿De él? No, no... y lo recordo fiel a ella, decidido por ella, apasionado con su alma abierta, sin un pliegue, sin una duda por su cariño, sin una sombra de duda.

—¿Sin una sombra de duda...? acentuó Rosa como un demonio jugueteón que se entretuviese en atormentar con elegancia y buen tono a aquella mujer "caso" que no había conocido los celos, amarguismos y horribles.

—Sí, son horribles Eliana, y ojalá tú no también las tengas jamás en tu vida. Tú sabes que yo también adoré a Julio, mi esposo. Hoy vivimos bajo un mismo techo, pero hay un abismo entre los dos. La primera vez que sentí esa fiebre horrible de los celos me asusté yo misma. Llamé en mi ayu-

da todas mis fuerzas, toda mi voluntad; recordé que era una mujer digna, de una familia que siempre brilló por su distinción; pero aquella llama me consumía el corazón y secaba toda mi ternura y sentimiento, para dejar sitio a la idea malsana, a la visión terrible, criminal, a esa especie de maga irritada que se extiende por todas nuestras entrañas. Una noche, cuando tuve certeza de la infidelidad, habría matado, y lo más terrible era que en esos mismos momentos que odiaba al hombre infiel, una sola palabra de él habría bastado para postrarme a sus pies y suplicarle cariño. La reincidencia de él, poco a poco fué secando la fuente de amor, y más que nada el gasto enorme de energía física ponía en mí un pobre consuelo, que más era debilidad y cansancio que resignación... Sí, créolo, Eliana, dan deseos hasta de matar, y lo más horrible es que en la sociedad en que vivimos hay tantas conveniencias que es preciso sonreír ante la desgracia...

—¿Ser criminal por una pasión tan baja!

—¡Bendice a Dios que no la hayas sentido jamás! Ella convierte en pantera a un ángel.

Guardaron silencio unos momentos. Rosa preguntó:

—¿Y Ricardo?

—Fué al Club, a una reunión.

—¿Llegará tarde...?

—No lo sé. Es posible.

—Mira, Eliana ¿has sabido una cosa...?

—¿Qué cosa?

—De esa rusa que ha llegado, esposa de un diplomático de República sudamericana. Es muy hermosa y se dice que simpatiza con tu marido.

—No sé, no la conozco; no la he visto nunca ¿cómo es?

—Alta, rubia, con unos ojos azules muy extraños...

Eliana guardó silencio. Un recuerdo golpeó su corazón, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que llegó?

—Mes y medio, más o menos.

Eliana confrontó fechas, y con un temblor, suave al principio y más acentuado luego, vio como un relámpago en su corazón como una luz espectral fugacísima: Una tarde, allá en el paseo distante, bajo los pinos junto al mar, mientras su automóvil pasaba rápido, creyó ver dos siluetas bajo los árboles, y que una de ellas se parecía a Ricardo. ¿Fue ilusión...? ¿Y la otra? ¿Cómo era la otra? Hizo un esfuerzo para reunir imágenes dispersas. La otra... sí, era de una mujer rubia... alta... Aquella vez no dió importancia a aquello; pero ahora una inquietud, una molestia sorda, una tortura silenciosa se apoderaba de ella, y aumentaba por segundos.

Llamó al camarero:

—¿Te dijo algo Ricardo al salir?

—Nada, señora.

—¿Llevaba abrigo?

—Sí, señora.

—¿Saló a pie?

—No, señora, en el auto.

La tortura se acentuó más, y la imaginación empezó un trabajo activo y laborioso. Recordó escenas sueltas, una ligera inquietud notada en Ricardo a la hora de comer; esa noche no fumó su cigarro como de costumbre en la terraza, y salió casi en seguida de terminar la comida.

De nuevo llamó al camarero:

—¿Está el coquero?



—No, señora. Como jamás se le ocupa después de comida, se fué como de costumbre.

—¡Imbécil! Debe avisar por sí se le necesita. Esa subida de tono llamó la atención de Rosa, que preguntó tranquila.

—¿Pensabas salir?

Vaciló al responder:

—Iba a invitarte a dar un paseo por la playa, y llegar hasta el bosque de pinos que huele también en la noche.

—Estás temblando. ¿Te sientes mal?

—Una ligera inquietud. No sé... se me imagina que va a pasar algo... que se cierne sobre nosotras un peso extraño. ¿Oyes...? ¿qué fué ese ruido...?

—Nada. Una lechuza que pasó. Ví la sombra de sus grandes alas.

—¡Ah! Creí que...

Se hizo un profundo silencio, pesado, abrumador. A lo lejos se oyó el pitazo de un auto, íastimero, insistente, que se aproximaba. Luego se oyó más cerca, hasta detenerse en la puerta del chalet.

—Debe ser alguien que llega. Recibe tú, Rosa, que yo me siento un poco mal—y Eliana se fué a sus habitaciones.

Luego se oyeron rumores de voces en la puerta, alertas, cuchicheos, y pasos vacilantes como si se condujese a alguien.

—No decir nada a la señora, así de improvviso advirtió el mayordomo. Un sirviente llegó corriendo y dijo a Rosa:

—Don Ricardo viene herido de gravedad.

—¡Herido! ¿Cómo? ¡Dios mío...! ¿Y Eliana lo sabe...? preguntó Rosa; pero ya Eliana bajaba con los ojos fuera de las órbitas y ansiosa por saber noticias. Hizo un esfuerzo para tener tranquilidad, y preguntó al chauffeur:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué significan esas voces que he oído?

—Una desgracia muy grande, señorita. Ibamos esta noche al bosque de pinos, a donde siempre acostumbraba ir don Ricardo...

—¿Acostumbraba ir...?

—A menudo, señorita. Esta noche, como de costumbre, íbamos allá. Ud. sabe que el camino tiene muchas vueltas en las cuales es muy fácil un choque con otro autoinóvil. Llevaba los dos reflectores y los faroles encendidos, y pitaba a cada vuelta del sendero. Ya varias veces, por el mucho tráfico en la noche, habíamos estado ex-

puestos a chocar, no por culpa nuestra, sino de los otros que corren a veces como locos. "Con cuidado" me advirtió el caballero en la última vuelta, esa que está junto a los acantilados en que ha muerto tanta gente...

Una sirvienta advierte a Eliana que Ricardo la reclama angustiosamente, pero ella parece clavada en su asiento oyendo la relación.

Continuó el chauffeur:

—De improvviso oímos un pitazo casi en nuestros oídos, y un choque formidable que destruyó toda la carrocería, coincidió con el momento en que yo frenaba. Hubo un silencio. Me estrellé en una roca, y después de haber recobrado el conocimiento, corrí a ver a don Ricardo. Un chorro de sangre salía de su frente y su cuerpo colgaba sobre el abismo. Si tardó en recobrar los sentidos, algunos segundos, el caballero rueda al abismo y se hace pedazos en las rocas del mar.

—¿Quién lo sujetó?, interroga ansiosa Eliana, ¿quién lo salvó...?

El chauffeur guardó silencio, primeramente, y después de mirar a todos respondió con voz muy baja, como acusándose de su indiscreción.

—Lo salvó de la muerte la señora que lo acompañaba...

Eliana se mordió los labios, y aparentemente tranquila, preguntó:

—¿Una señora alta, rubia, muy hermosa...?

—Sí, señora.

—La que siempre le acompañaba al paseo de los pinos?

El chauffeur asintió con la cabeza, agregando:

—Por ella don Ricardo no rodó al abismo; por ella no se mató.

En ese instante llega corriendo nuevamente una criada, diciendo a Eliana que el herido necesita verla, que insiste en que ella vaya a su lado.

Y Eliana, la mujer que adoraba a Ricardo, la que jamás sintió una duda de él, la más dulce la más tierna de las esposas, ante el llamado supremo del herido, intensamente pálida y temblando, respondió estas palabras sin moverse de su asiento, como mordiendo las sílabas rencorosamente:

—¡Iba con ella...! ¡Iba con ella...!

Y su cuerpo elegante se recogió con la elasticidad de una pantera joven presta al ataque.

N. YAÑEZ SILVA

Santiago, Noviembre 1919.

